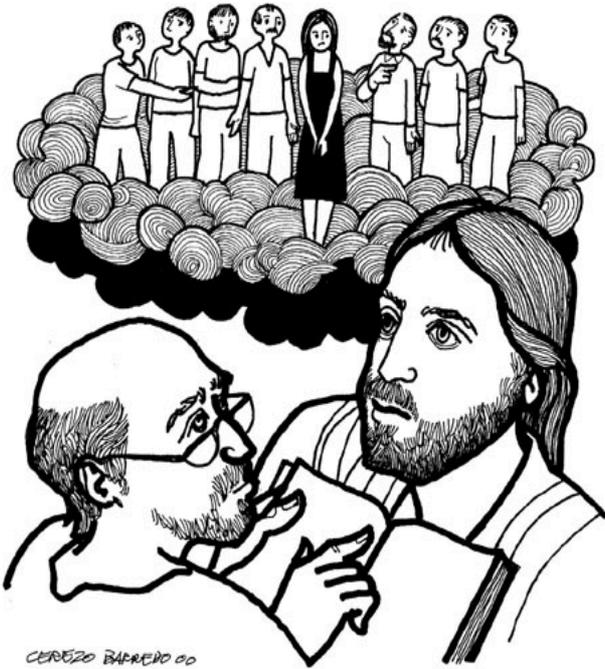


10 NOVIEMBRE 2019
DOM-32C



1. CONTEXTO

El valle de la Gehenna rodea a Jerusalén por el oeste. Por el sur se junta con el valle del Cedrón. En este valle se habían ofrecido antiguamente sacrificios humanos al **dios pagano Moloc**. Esto hizo que los profetas maldijeran el valle (Jer 7,30-33). Unos doscientos años antes de Jesús, la creencia popular era que en este valle estaría situado un infierno de fuego para los condenados por sus malas acciones y este infierno recibió el mismo nombre del valle: **gehenna**.

Por ser un lugar desacreditado y maldito, el valle de la Gehenna se había destinado a basurero público de Jerusalén. En el ángulo sureste de las murallas se abría la llamada Puerta de la Basura, que daba al valle. Por ella se sacaban fuera de la ciudad todos los desperdicios. Todos los escombros y los desechos iban a parar a la Gehenna, donde eran quemados.

Durante siglos, el pueblo de Israel creyó que al terminarse la vida de la tierra, los muertos bajaban al "**sheol**", un lugar situado en las profundidades de la tierra o bajo las aguas, en donde buenos y malos mezclados languidecían sin gozo ni pena ninguna. El "Sheol" es mencionado 65 veces en el A.T. Siempre como un lugar triste, donde no hay esperanza ni estímulo ninguno. Otros pueblos -como los babilonios- creían también en un lugar similar (Job 10,20-22; Salmo 88,11-13; Eclesiastés 9,5 y 10) Hasta el Apocalipsis llega esta idea cuando se dice que es Cristo quien tiene las llaves de este abismo (Ap 1,18). Solo al final del AT aparece en

la mentalidad israelita la doctrina de que después de la muerte habrá **recompensa y penas** para las buenas y malas obras hechas durante la vida. El libro de la Sabiduría, escrito unos cincuenta años antes de Jesús, habla ya en este sentido. Son reflexiones de carácter espiritual y moral. Pero desde un punto de vista histórico, los muertos, su esperanza en la inmortalidad individual, se encuentra en los libros de **los Macabeos**. En 2Mac 12,41-46 y 2Mac 14,46.

Lo más interesante que aportan los libros de los Macabeos en este sentido es lo siguiente: frente a la muerte de los guerrilleros israelitas que combatían por la liberación de su pueblo contra las tropas extranjeras, el pueblo comenzó a intuir que los mártires de la liberación nacional serían **resucitados por Dios**, que los justos muertos injustamente seguirían vivos y recibirían de Dios el premio a su gesto de solidaridad con la causa de su pueblo. Aquellos mártires no podían estar muertos. No se habla en el libro de la resurrección de todos los hombres, sino de estos, los caídos en combate. Es decir, la idea de la resurrección surge en Israel a partir de una historia de insurrección. Y así como en los orígenes del pueblo Israel conoce a Dios como "liberador" al ver que siendo ellos esclavos en Egipto consiguen su liberación con la ayuda de Dios, ahora, unos cien años antes de Jesús, conoce Israel al Dios "resucitador" cuando al ver morir en una lucha de liberación a sus mejores hombres, empieza a entender que esos muertos **son "de los que nunca mueren"**.

Qué será de los hombres después de la muerte es algo que ha preocupado a todas las culturas, a todos los pueblos hasta nuestros días. El evangelio está escrito por personas que eran herederas de una serie de ideas -unas más antiguas y otras más recientes- sobre estos temas. Por eso no puede sacarse de ellos una articulación homogénea sobre qué sea la vida de ultratumba. Porque no la dan. Y porque el hecho histórico de la resurrección de Jesús vendría a cambiar completamente las ideas en este punto para los que se llamaron cristianos partiendo del judaísmo.

Jesús habló del **fuego o del "crujir de dientes"** porque era hijo de su tiempo. Pero no "dogmatizó" sobre estos temas. Habló así porque así se hablaba en su época. Lo hizo inspirándose en el basurero de la gehenna. Si hay una cosa bien clara en el pensamiento de Jesús sobre la muerte de los que son los hijos del Reino, son justos, luchan por la justicia y aman a sus hermanos: **tanto su vida como su muerte están en manos de Dios**, como está la vida y la muerte de los gorriones (Mt 10,29) No tienen porqué temer. La fe en Dios, el Padre de Jesús, encierra la certeza de que venceremos a la muerte.

En resumen, el evangelio hace del "después" de la muerte **objeto de la esperanza**. Frente a la muerte insuperable y al silencio que Dios guarda ante ella, la palabra de Jesús es eso: esperanza. La liberación que él anuncia vencerá también a la última enemiga, la muerte (1 Cor 15,26)

(Hermanos López Vigil. Un tal Jesús, nº 97)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: 2 MACABEOS 7, 1-2. 9-14

En aquellos días, arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la Ley.

Uno de ellos habló en nombre de los demás:

- « ¿Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres.»

El segundo, estando para morir, dijo:

- «Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el rey del universo nos resucitará para una vida eterna.»

Después se divertían con el tercero. Invitado a sacar la lengua, lo hizo en seguida, y alargó las manos con gran valor. Y habló dignamente: - «De Dios las recibí, y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios.»

El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos. Cuando murió éste, torturaron de modo semejante al cuarto. Y, cuando estaba para morir, dijo:

- «Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se espera que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida.»

Los libros de “**los mártires judíos**” son más conocidos como **Libros de los Macabeos**, en razón de sus héroes principales, Judas Macabeo y sus hermanos. Aunque no forman parte del canon judío, los encontramos en el canon cristiano desde el siglo IV.

Estamos en el **siglo II antes de Cristo**. Los judíos, oprimidos por **los Ptolomeos** (dinastía egipcia) con gravosos impuestos recibieron con los brazos abiertos a los **griegos Seléucidas** (cuando se repartieron el imperio de Alejandro). Pero la acogida a los nuevos dueños va a durar poco tiempo ya que el rey griego destituye al sumo sacerdote e **intenta implantar la cultura griega a toda costa**. Para obtenerlo, obliga a los judíos a abandonar sus costumbres tradicionales y a no regirse por la ley del Señor. Los judíos no lo soportan y van a las armas. **Es la guerra santa**.

Alrededor de **Matatías**, y después de **los hermanos Macabeos**, una parte del pueblo se hace guerrillera. La persecución era general e indiscriminada, la resistencia también, sin distinción de edad, sexo o profesión.

El martirio de una madre con sus siete hijos es el ejemplo de esta situación. La fe en la resurrección alimenta la lucha de estos hermanos, despreciando las amenazas y los tormentos del tirano. Son testimonios que hacen espolear la fe y el compromiso. Esta reflexión sobre **la muerte de los mártires** permite al autor afirmar por primera vez y claramente que el hombre resucitará (aún no distingue entre cuerpo y alma).

El que nos dio el don de la existencia nos dará también el don de la vida tras la muerte. Premio de la gran misericordia divina es esa vida que ya han comenzado a disfrutar estos hermanos, ya muertos.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 16,

R. Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.

Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. R.

Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos. Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. R.

Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante. R.

2ª LECTURA: 2 TES 2, 16-3, 5

Hermanos:

Que Jesucristo, nuestro Señor, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado tanto y nos ha regalado un consuelo permanente y una gran esperanza, os consuele internamente y os dé fuerza para toda clase de palabras y de obras buenas.

Por lo demás, hermanos, rezad por nosotros, para que la palabra de Dios, siga el avance glorioso que comenzó entre vosotros, y para que nos libre de los hombres perversos y malvados, porque la fe no es de todos.

El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del Maligno.

Por el Señor, estamos seguros de que ya cumplís y seguidéis cumpliendo todo lo que os hemos enseñado.

Que el Señor dirija vuestro corazón, para que améis a Dios y tengáis la constancia de Cristo.

La invitación a permanecer fieles a las tradiciones recibidas (v.15) va acompañada de una súplica a Dios Padre y a Jesucristo, el Señor, para que hagan posible esa fidelidad. Una vez más lo que se solicita de los cristianos como esfuerzo personal, se pide a Dios como don gratuito.

A la súplica de Pablo a favor de los cristianos de Tesalónica, deben ellos responder también con la oración. La oración de unos por otros es una forma preciosa de solidaridad cristiana. Tanto más si las circunstancias son adversas para la proclamación y vivencia del evangelio.

El evangelio sigue siendo en todas las épocas signo de contradicción. Siempre habrá quien rechace la buena nueva, pero siempre habrá lugar a la esperanza porque el Señor es fiel y garantiza el éxito de quienes ponen en él su confianza.

Y entre líneas podemos leer los mismos temas de la 1ª carta: propagación de la Palabra, actividad incordiante del maligno, afirmación de la fidelidad divina, alabanza a los destinatarios por su respuesta a la enseñanza y espera vigilante y activa de la venida del Señor.

EVANGELIO: LUCAS 20, 27-38

Jesús se encuentra ya en **Jerusalén**. La perspectiva del evangelio no es ya la del camino, aquella que hemos tenido en los evangelios anteriores, sino la de llegada. En Jerusalén Jesús se encuentra con **los vendedores** del Templo, con los **grupos influyentes** que le acosan, y con la **gente sencilla** que le admira como maestro.

Lo más probable es que este dialogo de hoy se siga desarrollando en el templo y en medio de la enseñanza de Jesús. Aparece **un nuevo grupo**, que no ha tomado parte en ninguna controversia. También ellos intentan confundir a Jesús para quebrar su popularidad.

20,27. En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:

El **partido saduceo** era, en tiempos de Jesús el partido de los ricos. Estaba formado por los sumos sacerdotes, enriquecidos gracias al negocio en que habían convertido la religión, y los senadores (seglares), los dueños de la tierra, los grandes terratenientes de Palestina. Era un **partido conservador en lo religioso y en lo político**. Se entiende que fuera así: tenían mucho que conservar. Vivían bien, -mejor que nadie-, tenían poder, dinero, privilegios, honores..., ¿qué necesidad tenían de que nada cambiara?

Desde el punto de vista político eran partidarios del sistema establecido y por ende colaboracionistas con los romanos, con los que mantenían un difícil equilibrio de poder.

En lo religioso, rechazaban la tradición oral, a la que los fariseos atribuían autoridad divina (7,5.8. 13) y estaban abiertos a la cultura griega. Solo aceptaban los cinco primeros libros del A.T. Los demás libros, entre los que estaban los profetas con su condena a la ambición de los ricos y las denuncias que tenían sobre la religión que domestica y explota, no les interesaban.

Tampoco aceptaban la resurrección. Lo importante para ellos era el dinero, y más allá de la tumba, el dinero no tiene valor alguno. Y si no hay más vida que ésta, dada su prosperidad material, tenían ya la benevolencia de Dios, para qué más.

28-33 - «Maestro, Moisés nos dejó escrito: Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cácese con la viuda y dé descendencia a su hermano. Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella.»

Se acercan a Jesús y lo llaman "maestro", pues van a pedirle que resuelva un caso teórico que sin duda refleja una larga controversia con los fariseos. Los saduceos sostienen que todo acaba con la muerte, y el caso que proponen demostraría lo absurdo de la creencia de la resurrección, sostenida por los fariseos, quienes concebían **la vida futura como una continuación de la vida mortal**.

Mencionan la ley del levirato, instituida por Moisés (Dt 25,5-6), y a continuación proponen el caso que haría ridícula la doctrina farisea. Según la ley y para que la herencia no se perdiera, si una mujer enviudaba sin tener hijos, tenía que tomarla por esposa un hermano del difunto. El hijo que naciera de este matrimonio era considerado, desde el punto de vista legal, hijo del muerto. Si una mujer se llegara a casar con siete hermanos, en la resurrección se daría una situación absurda e ilegal. No hay que olvidar que Israel admitía la poligamia (un hombre con varias esposas) pero no la poliandria (una mujer con varios esposos)

34-38 Jesús les contestó:

- «En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección.

Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos están vivos.»

Jesús comienza corrigiendo **la falsa imagen**: la resurrección verdadera consiste en pasar a una categoría nueva, comparable a los "hijos de Dios" de la tradición (Sal 29,1; 86,6) o bien a los ángeles. Jesús no acepta que el estado del hombre resucitado sea un calco del estado presente.

Jesús afirma que la resurrección no es una simple continuación de la vida, sino **una vida nueva y distinta**, una vida de plenitud que difícilmente podemos comprender desde nuestras realidades cotidianas.

El poder de Dios, que llama a los hombres de la muerte a la vida, transforma y asume la totalidad del ser humano. El es el que asegura la continuidad entre nuestra vida terrena y la futura resurrección. Por eso nuestra capacidad de comprensión de este misterio es limitada.

La vida después de la muerte tiene su fundamento en Dios mismo: **él es el Dios vivo (16,16), en él no hay muerte alguna**. Quien pertenece a él participa de su vida y no está sometido a la muerte. Para el Señor todo es vida. Los que viven, viven para el Señor (Rom 14,8) y los que son del Señor, viven para siempre. Jesús afirma **la resurrección**, no la supervivencia de la doctrina griega.

Jesús se va a apoyar en la Escritura para fundamentar su pensamiento. Escoge un texto de la Torá, que es lo que admitían los saduceos. Les dice a los que le preguntaron que los muertos resucitan porque le fue revelado a Moisés en el pasaje de la zarza, que era conocido por todos. Tras repetir parte del texto del Éxodo (3,2-6), Jesús anuncia que **Dios lo es de seres vivos y no de muertos**. Contaba con que sus oyentes creían que los patriarcas ya estaban al lado de Dios, pues, en la medida que una persona tiene relación con Dios tiene asegurada la resurrección. Ya se ha producido una evolución clara de las creencias, pues, en el periodo del primer templo, (el de Salomón, s. X a.C., y destruido por el rey babilónico Nabucodonosor en el 586) las bendiciones de Dios a los justos se limitaban a tener una gran descendencia y alcanzar la ancianidad.

3. PREGUNTAS....

1. NOVIEMBRE

El mes de noviembre es el mes de los difuntos. Recordamos a nuestros seres queridos que ya no están entre nosotros. Mucha gente, en estos días, visita los cementerios, llevan flores a las tumbas, recuerdan a sus difuntos con cariño y, si son creyentes, rezan por ellos. Para muchos está todavía muy vivo el recuerdo y el cariño. Y es verdad que con estos sentimientos nuestros seres queridos no están muertos del todo.

De ahí que en estos días se nos ofrezca una buena ocasión para **reflexionar y rezar sobre la muerte**, la de ellos y la nuestra. Y no lo tenemos que hacer desde el miedo o el temor. Es verdad, como dice la liturgia, "*que la certeza de morir nos entristece*" pero nos consuela nuestra "*esperanza de una feliz resurrección. Porque la vida de los que en ti creemos no termina, se transforma*".

- *¿Qué experiencia he tenido en estos "días de difuntos"?*
- *¿Creo firmemente en la resurrección?*
- *¿Pienso en mi muerte a menudo? ¿Qué sentimientos me llegan?*

2. **No es un Dios de muertos sino de vivos, porque para él todos viven.**

Nuestro Dios es **un Dios de la vida**. La fe es una apuesta permanente en el Dios de la vida. La fe y la esperanza en la resurrección debe traducirse en un compromiso por defender la vida, porque esta fe no nos saca de la historia sino más bien al contrario, hace que nos encarnemos profundamente en ella, llevando la convicción de que su sentido último está en la vida.

Y tenemos tarea suficiente. No podemos quedar inactivos. Dios no lo quiere. Hay que apostar por la vida desde nuestro pequeño compromiso de cada día. Sabemos lo que esto implica en el mundo de hoy, en el que **las fuerzas de la muerte** (las pequeñas y grandes violencias existente entre nosotros, emigración, guerras, refugiados, paro, desastre del medio ambiente, hambruna, etc.) parecen que atenazan a muchos pueblos y familias, en particular a los más pobres y desprotegidos.

- *¿Defendemos la vida: en la naturaleza, en nuestro entorno familiar y social?*
- *¿Mi Dios, me da vida? ¿En qué lo noto?*

3. LA MUERTE

La muerte llega al final de la vida de cada cual y es la antesala al despertar a la vida de Dios. Eso creemos por la fe en **Jesús resucitado**.

Nuestra cultura vive de espaldas a la muerte, y vivimos con la fantasía de que no nos morimos. Y la gente se hace operaciones para disimular la vejez, que me recuerda que la muerte está cerca. Igual de cerca está con la piel estirada que con la piel arrugada. Pero vivo con la fantasía de que está lejos. Y puede haber un momento en la vida (enfermedad, muerte de un ser querido...) en que te

dice, vete preparando. Y aunque decimos: yo no pienso "en eso", vale, **pero eso piensa en ti**.

Y hay otras muertes más pequeñas que se cuelan por las rendijas de nuestras vidas, si no ponemos cuidado. Nos convertimos en **"un muerto"** cuando nos dejamos llevar por la desconfianza, por el tedio o la pereza. Cuando vemos al hermano con ojos torcidos o abusamos del que menos tiene y sabe. Parecemos muertos cuando solo vemos nuestro ombligo y los problemas de los otros nos parecen una triste historia que no va con nosotros. Uno está muerto cuando solo se preocupa de sí mismo y se sumerge en el egoísmo. Entonces uno está ahí, solo e inerte, **sin dar vida ni crecimiento**.

Crear en la vida eterna es creer y amar y aprovechar ya esta vida, -que también hemos recibido como un don de Dios-, igual que esperamos recibir la otra contribuyendo a que **todos puedan vivir como personas**, como hijos de Dios, todos iguales.

- *¿A qué tengo que morir para resucitar a una nueva vida? ¿Qué medios pongo para lograrlo?*

4. EL SEPULCRO VACIO.

En la mañana de Pascua, algunas mujeres fueron de madrugada al sepulcro, para rendir homenaje al cadáver de Jesús y al llegar se encontraron la piedra corrida y el sepulcro vacío.

Y nos cuenta Lucas (24,4-5) que "no sabían qué pensar de aquello, cuando se les presentaron dos hombres con vestiduras refulgentes que les dijeron: **¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?** No está aquí, ha resucitado".

Los creyentes deberíamos grabarnos esta afirmación en nuestra mente y en nuestro corazón. Y en estos días repetirla cuando estemos visitando la tumba de nuestros seres queridos: **no busquéis entre los muertos a quien está vivo**.

Por la fe estamos convencidos de que la muerte no es algo definitivo ni para siempre. No es dejar de existir para caer en la nada. **Es el paso a una nueva forma de vivir con el Señor**. El Señor es el Dios de la vida y confiamos que nuestros seres queridos están en su regazo. "Jesús no puede ni imaginarse que a Dios se le vayan muriendo sus criaturas; Dios no vive por toda la eternidad rodeado de muertos. **A Dios no se le mueren sus hijos**. Tampoco puede imaginar que la vida junto a Dios consista en perpetuar las desigualdades, injusticias y abusos de este mundo". (Pagola)

¿Por qué creer todas estas cosas? ¿No es un engaño bien intencionado para poder soportar la dureza de la muerte sin caer en la desesperación y en la amargura? **Nosotros creemos y seguimos a Jesús de Nazaret que había muerto y ha resucitado para siempre**. Su vida no terminó en el último suspiro de la cruz. Los que creemos en su palabra de vida, no desesperamos y por eso **celebramos el amor del Dios de la vida**.